

DE PERROS Y HOMBRES

JOSE ROBERTO CEA*

CASI UN PERRO

“Soy un perro” —dijo para sí y siguió caminando en dirección al parque. Sintió sobre él la mirada cálida de unos ojos verdes “Son ilusiones mías” —afirmó Sabía perfectamente que esa frase era falsa, pero la dijo por decir algo Siguió caminando. El estaba dentro de su pensamiento y su pensamiento dentro de él. Era un mundo. “¿Por qué lo hice?” —volvió a decirse. “Es terrible —continuó—, es terrible, no cabe duda. Pero es que de pronto me sentí un gozque faldero. . . Lo peor es que lo hice con ella, ¡con ella que es un capullo de ternura! Que trata de ser lo mejor para mí. . . No hay duda, soy un perro”. Siguió caminando No se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Para él no existía más que su atmósfera. Y por más laberintos que tomaran sus palabras, siempre iban a dar al mismo pensamiento: ‘Soy un perro, lo que me falta es ladra. . . Siem-

* De la promoción poética que se inicia en 1956 Joven cuentista y poeta salvadoreño, ha obtenido distintos galardones internacionales, entre ellos, Premio Adonais de Poesía, España, 1966. El presente trabajo ganó Mención de Honor en el Certamen Centroamericano “15 de Septiembre” —1966, Guatemala

pre he sentido especial placer por la luna. Los amigos que invito a mis lunadas afirman que son estupendas. En éstas, aunque se empiece en un plano puramente romántico, se termina aullando; claro que el licor nos ayuda, pero aullamos. Cuando voy al estadio a ver un partido de fútbol, siempre me siento en el lugar más peñuno, donde todo es ladrido, arañazo y mordisco. Al orinar, siento especial placer cuando apoyo un pie sobre algo que esté más alto del lugar de donde estoy parado. . . ¿Que si doy vueltas alrededor mío o de algún sitio, o silla donde me voy a sentar? No. Eso no. ¿Pero qué diferencia existe entre eso o estar varios días merodeando una casa? ¡Y ahí estoy! Vuelta tras vuelta en lo mismo, hasta que se me deshace el objetivo, o encuentro otra cuestión de mayor importancia, o me ordenan cumplir otra misión. . . Varias veces he estado detrás de una persona hasta por dos años. Ella me mira con unos ojos casi puñales. Yo trato de disimular, pero es demás, mi aspecto me delata, y a esto hay que agregar que el tiempo que he pasado detrás de ella, es para que no me pierda de vista

Otras veces, de todo sucede en esta vida, yo he sido el vigilado, el que se ha visto en la necesidad de dar sus vueltas alrededor de algo o alguien, o en mí. . . es decir, que me he enrollado; al principio —hasta hoy me doy cuenta— me ha contrariado eso, pero después he sentido placer. . . Sí, he sentido placer, hoy puedo afirmarlo más certeramente, ya que estoy hablando desde muy adentro de mí. . . “Ni lo mires que está empeñado” —dicen muchos de mis compañeros de trabajo. Eso sucede cuando he tenido una contradicción en mis deseos o planes. Al oír esa frase, cierro los ojos, rechino los dientes y me dan unas peras ganas de revolcarlos hasta dejarlos nada . . . Cuando estoy en la oficina, mi jefe, (a quien llaman El Hombre) del que soy buen amigo y con quien he compartido muchas aventuras, llega hasta mi escritorio y delante de mis compañeros de trabajo me da unas palmaditas en el hombro y pronuncia su consabido: “¡Ah, mi fiel compañero!” El corazón me salta de aquí para allá, de allá para acá, por un momento es dulcemente feliz. . . hasta que siento sobre mí, o recuerdo que hay sobre nosotros (mi corazón y yo), infinidad de ojos soltando fuego, odio, rayos, rabia, burla y todo el daño posible que puede llegar en una mirada contra el “Fiel amigo del Hombre”. . . Protesto, protesto y vuelvo a protestar. Como me ven furibundo, nadie dice nada; además, la protesta sólo es en mí, de mí no sale; nadie, creo, se da cuenta de ella, pero en el menor descuido me aparece un papel gris con una frase escrita en tinta roja: “Pero que ladra no muerde”. Al instante me ciego y emito una especie de sonido o aullido. Los que están cerca de mí, me ven sorprendidos y hasta se asustan. Trato de explicar mostrando el papel, pero no lo ven y yo también lo he perdido de vista, es cuando creen que

todo eso lo hago porque estoy feliz, gracias a las palmaditas que el jefe me dio en la espalda, y que por ello puedo hacer y deshacer en esa cárcel que parece oficina . . . Cuando eso me sucede, casi siempre los fines de semana, especialmente después de la fecha de pago, para olvidar el feo incidente y por temor a perder el empleo, invito al jefe a una copa. El acepta feliz. Yo feliz por su aceptación. Nos vamos de fiesta . . . Mis compañeros de trabajo se dan cuenta; a mi regreso a la oficina encuentro aquel ambiente más penoso de como lo dejé . . . Mi complicación sigue, camina, se ensancha, crece, crece . . . y hoy fue el estallido . . . Llegué a casa con un aire de gozque apaleado, pero rabioso; me porté como todo un perro anterior a toda la especie . . . ¡Y sobre todo con ella que es un capullo de ternura! . . .” Esto último lo dijo de tal manera que las personas que se paseaban por el parque lo miraron como se ve a una cosa rara. El no se dio cuenta. Siguió caminando. Y cuando a cierta distancia, no muy lejos, no muy cerca, vio a su presa, dio varias vueltas alrededor de ella para observarla y no perderla de vista. Se quedó en acecho y se dijo: “Hoy no se me escapa. Este será su último día libre. El jefe dice que ya dio mucho que hacer y es necesario hacerle un llamado de atención”

Los paseantes del parque oyeron unos ladidos.

ES UN PERRO

Hasta hoy caigo en la cuenta que Don Ernesto tiene que convertirse en perro. Se verá mejor así que de hombre. Es que tiene ciertos rasgos extraordinariamente caninos. Además, creo que si no manifiesto el perro que es, me sentiré frustrado, como un viejo reloj que ya no puede medir el tiempo, o como un juguete sin niño, o como abuelo sin nieto, o como teléfono abandonado, o como divorciados que no saben qué hacer ante la terrible situación que tienen por delante.

No es que yo quiera transformar a Don Ernesto por mero capricho; ni se debe a que en mi interior ande un perro suelto y quiera vivir concretamente fuera de mí, no, Don Ernesto ya es perro, lo tengo en mi tela, está en mis manos, y bastarán unos cuantos retoques y quedará en su justa medida. Hay cierta comprensión entre Don Ernesto—dibujo, y yo. Una comprensión silenciosa, algo que a los dos nos hace sentirnos satisfechos. Cuando pienso que él debe ser un perro total en mi óleo hasta me ha sonreído. ¿No es eso una muestra de mutua comprensión? . . .

Lo de aperrarlo totalmente no me viene de hoy. Lo tengo entre ceja y ceja desde el día que vino a verme para que le hiciera un retrato. Desde entonces comprendí que con él algo nuevo me iba a suceder, no sabía a ciencia cierta qué, pero algo me lo insinuó por dentro. No dejé de pensar en ello hasta que esas ideas adquirieron volumen. Hasta que esas ideas (hasta hoy se me ocurre que fueron ideas) se plasmaron en una realidad, lo veo claramente y no siento deseos de renunciar a ellas. Estas se acentúan cuando compruebo que sólo tendré que poner de manifiesto sus peculiares condiciones, ¡y ya!: CONSUMATUM EST... Esto de manifestar lo peruano en él no me molesta mucho, aunque en un principio sí me molestó; pero es que uno, además de ser el animal político que es; específicamente es otro animal. De ésta o aquella especie, pero se es un animal u otra cosa. Volviendo a mi dibujado, por ejemplo, se siente que más que otro animal o cosa es un perro y que goza en su condición . . . Cuando vino a verme y antes de contestar "Sí" a su propuesta, lo examiné desde todos los ángulos. El no dijo "esta boca es mía". Después de mis observaciones cerramos el trato. El, en lo único que pensó, estoy seguro de eso, fue en tener su retrato hecho por mí, el pintor de moda, y yo, —después comprendí— no deseaba solamente ganarme su dinero, por supuesto que no, sino poner en práctica lo que tenía en mente sobre lo que he venido observando en las personas. (¡Y es que al verlo sentí una corazonada!) En cada una encuentro que son otra cosa además de la persona que representan. Unas me han parecido un toro. Otras un gato. Unas hasta un sillón viejo de cuero que ha perdido su color, su vida; otras figuritas de un collar extraviado, y más de diez, personas planas, sin volumen, son gentes que están y como si nada, las más llegan a tener su perímetro y superficie bien definido, pero carecen de la mínima pasión, en síntesis son una . . . No cuentan, pues. Otras, este es lugar común, parecen gorilas, si no física mentalmente, las hay completas; son las más agraciadas y no hay donde perderse. Estos primates, se encuentran especialmente en ciertos estratos sociales muy influyentes . . . En cuanto al personaje de mi cuadro es para mí, imperiosa necesidad transformarlo, digo, acentuar sus rasgos, o me veré acosado por una jauiía azul de pensamientos depresivos. Esto me resulta un verdadero lío, porque si lo hago mi cliente no me pagará, entonces no obtendré los fondos necesario para seguir viviendo en el resto del mes, y me veré obligado a recurrir al tipo de la décima calle, el que presta al módico diez por ciento . . . ¡Qué tremendo! A nadie le deseo un lío como éste. Es para volverse loco . . . ¿Entonces? . . . Lo importante para el artista es crear, crear y más crear y yo tengo que realizar mi obra pese a todo, contra viento y marea, aunque haya una pésima situación

ajena a mi voluntad, situación que también viene a resultar necesaria para agudizar el instinto de conservación. . . “El instinto de las abejas les hace ejecutar actos tan complicados que casi lindan con la inteligencia” . . . no sé dónde he leído eso, pero de pronto se me vino a la cabeza. Es admirable lo de las abejas. . . ¡Ya! ¡Eso es! ¡Las abejas me han ayudado! ¡Qué bien! ¡Hombre, cómo es de maravillosa la mente humana! Se me viene a sí nomás una lectura realizada quien sabe cuando y de una vez me trae una idea para afianzar un deseo que para mí es ley: crear mi arte pese a todo. La abeja hace lo suyo. Yo tengo que hacer lo mío aunque le moleste a más de uno. ¿Y las abejas no pican? Pican. Y por eso no dejan de hacer miel. . . Después de éstos actos mueren. ¿Por qué no voy a molestar yo a unos cuantos si con ello voy a dejar un quehacer pictórico valedero para todos los tiempos? . . . Las abejas después de sus actos mueren y su miel sirve para quien jamás imaginó nada. Esa es la diferencia en mi caso, que a quien sirva mi arte sí sabrá mucho y por qué. ¿Entonces? . . . ¡Manos a la obra! . . . Hummm ¿Qué me detiene? ¿Escrúpulos de monja por los materiales? ¿Pero por qué? ¡Adelante! Que el mundo ya no se puede empeñar más de lo que está.

VIDA DE PERROS

. . . Esta posición no se le recomiendo a nadie. Ni a un vertebrado en completa salud. Todo lo veo desde una altura de cincuenta centímetros. Tiene sus ventajas; pero es fácil recibir todo mal de cualquier semejante. . . No creo que pregunten cómo llegué a ésto, pues no he dicho quien soy, ni cómo soy o cómo era . . . para que comprendan les diré algo, lo que recuerde:

Yo era empleado de una librería. Una mañana gris, se me vino encima un enorme estante lleno de libros. “Muerte instantánea”, le oí decir al médico que llegó a socorrerme. Desde entonces he deambulado de aquí para allá, y de allá para acá. He visto y oído infinidad de cosas. . . Cierta vez me empedé en los barriotes de un balcón. Los barriotes estaban fríos, tenían ese frío penetrante que cala hasta . . . el otro lado. El balcón, situado en la alcoba de unos recién casados, me dejó ver, oír y sentir una escena, un drama, para ser más exacto, que me llenó de angustia. El marido le pedía a su joven esposa que le dijese la verdad “Dime la verdad”, gritaba “Dime la verdad o hago un escándalo mayúsculo”. Yo no entendí a que verdad se refería. Ella

lloraba. En el rostro se le notaba cansancio, angustia y dolor; "Dime la verdad", le repetía el marido, mientras se paseaba a lo largo de la alcoba lanzándole de cuando en vez, furibundas miradas. Ella, sobre el lecho nupcial temblaba y lloraba. Escena cruel, desesperante... El marido pedía la verdad, su mujer no se la daba. Desde entonces me pregunto: ¿Quién tiene la verdad? ¿Dónde está la verdad? Pero, ¿qué es entonces la verdad? No hay duda, cada quien tiene la suya...

Deambuló de calles a parques y de parques a playas y de playas a mares y de mares a viajes y de viajes a las habitaciones y de las habitaciones otra vez a las calles... En una de tantas (estoy capacitado para todo) me ví envuelto en una tumultuaria riña de perros. Yo pasaba. En ese instante se inició la riña. Uno de los perros salió huyendo en dirección a mí, no porque me viera, no podía verme, sino porque ese fue el lugar que encontró propicio para huir. Con tan mala suerte, siempre la he tenido, que los demás perros lo siguieron; se enredaron en mí y caímos hechos una bola. Yo me defendí, ellos también; era un ataque y una defensa cerrados. Cada quien trataba de salir con vida. ¿Con vida? Lo cierto es que un contendiente salió disparado contra la cuneta: "Muerte instantánea", pensé. Traté de socorrerlo, y al dirigirme al lugar donde se encontraba, otro perro que huía me hizo caer sobre el muerto... Desde entonces estoy en la posición que les dije al principio...

En esta posición, para mí los puntapiés más fuertes y la peor comida cuando la hay. Para mí todo mal cayéndome de rabo a cabeza o de cabeza a rabo... y que esta especie es la mejor amiga de otra, ¡pero qué digo! si yo soy de la otra. Huuummm, ¿de cuál otra? Si más de uno ha dicho: "¡Qué vida de perros la que llevamos!"... Y francamente, ni muerto el perro se acaba la rabia... Yo he rabiado un sinnúmero de veces... Cierta vez, huigábamos en un barril de basura. Llegó un perro Policía y nos mordió, nos golpeó, nos hizo sangrar, hasta quitarnos del barril; esto fue injusto y seguirá siendo injusto hasta el fin del mundo; porque, ¿de dónde vamos a sacar nuestra comida, si el amo todo lo quiere para él? ¿De dónde? ¿Y esto es vida? Francamente, ¿se le puede llamar vida? No. Y afirmo: ¡Todo está mal distribuido! ¡Todo! Hasta dormir que es tan fácil, cuesta. Ya no digamos conseguir un hueso. ¡Un hueso cualquiera! ¿Y uno bueno?... Peor. Nadie puede negar lo que digo. ¡Nadie! ¡Quien lo haga es un perro!... "A otro perro con ese hueso", me dirán. No importa, esa frase es falsa, en este tiempo ningún ser con sus cinco sentidos en orden, puede tirar un hueso así porque sí. ¡Nadie! Y lo afirmo yo, que he tenido peiras ganas de gritar lo mismo... Pero el hambre es canida hasta la médula y no voy a entregarme tontamente a la muerte...

El culpable es un perro pastor alemán, que ha robado desde prendas de vestir hasta bastones para esquiar.

El perro fue sorprendido con las manos en la masa —o, mejor dicho, con las fauces repletas— mientras trotaba por la nieve, en esta ciudad alpina de deportes de invierno, llevando entre los dientes una chaqueta con una buena cantidad de dinero en los bolsillos.

La policía dijo que el perro simplemente atrapó la chaqueta en una cancha de esquí, en donde su dueño la dejó un momento.

Los vecinos del lugar recuerdan haber visto varias veces al perro, corriendo por las calles de la ciudad, con varios objetos en la boca, y les pareció que el animal estaba adiestrado por su amo para la tarea.

Pero la policía descubrió que no hay tal cosa. Después de activa búsqueda, se estableció que el canino tenía escondida bajo la nieve la mayor parte de los artículos robados.

El problema es ahora qué hacer con el perro. “No podemos hacerlo comparecer ante el tribunal”, manifestó un alto funcionario municipal.

—Pero sí yo no he hecho tanto para que digan eso de mí —dijo el que había escuchado

—So, jodido, que no hablan de ti —respondió el que había leído

—Perro es que . . .

—¡Nada! Hablan de un perro pastor alemán que vive en Francia.

—Perro es que yo estuve ahí hace unos veinte días y . . .

—No seas insensato, te pueden oír . . . Calla, ahí viene un “perro vigilante”. . . Aunque a mí me parece que tú nunca has salido de este lugar.

EL EXTRAÑO

El no sabía por qué, pero se daba cuenta que las personas que encontraba, lo miraban con insistencia y extrañadas; después que les pasaba la sorpresa se reían. Primero soltaban una sonrisa comprensiva, de lástima; luego venía la carcajada estridente, ensordecedora, bullesca. ¿“De qué se reirán? —se decía— yo nada extraordinario veo a mi alrededor o en mí. Soy igual a ellos. Todos son fieles con el

proceso para llegar a la buila; así ha sido desde el primero que encontré hasta los que voy encontrando a mi paso por esta calurosa ciudad; llena de mendigos y borrachines, de niños que venden billetes de lotería o mendigan y que insultan hábilmente cuando uno les niega algo. Tiene un movimiento esta ciudad. Tiene un aire esta ciudad. Tiene una atmósfera esta ciudad. Tiene un no sé qué de colmena. . . ¡Cuántas Reinas! ¿Dónde estarán las obreras? ¡Yo sólo veo zánganos!. . . Son fieles con la buila ¿Por qué? . . . Por lo fiel se parecen a los perros. Los perros son los animales más fieles que existen en este mundo. Mas bien son los hombres los fieles con los perros. Es una mutua fidelidad me parece. Los unos a los otros se cuidan. Por ejemplo, el hombre hasta se ha inventado una profesión para atender la salud de los perros. Y los perros ladran cuando un enemigo del hombre está cerca, merodeando.

Eso sí, si el perro ladra mucho lo mandan a callar. Si no hace caso ¡Puff! Un golpe, y el perro tiene que callarse. . . ¡No hay tal fidelidad!. . . O quizás la cosa es así. Hay instantes en que el perro muerde al hombre ¡Rabia! Dicen. La verdad es que el perro se cansa de tanto maltrato de su amo. ¿Amo? ¿Quién es quién? ¡Los perros son los mejores amigos del hombre!, se dejan cuidar por él. Aunque los pateen, ahí están, mirando a quien los golpeó como si nada hubiese pasado. Lo único que hacen es poner una mirada tristonera. Cuando el que golpeó se siente herido por esa mirada (pues llega hasta lo más íntimo, a lo más hondo), llama al perro y lo acaricia, el perro mueve la cola, está feliz. (En ese instante no hay nada más alegre que el de un perro). Luego, el perro da unos saltos alrededor del golpeador y se le mete en medio de las piernas, lo escapa a derribar, él dice basta, que no moleste más y lo vuelve a acariciar, el perro, feliz, repite sus cabriolas y de nuevo pone a su festejado al borde de una caída; éste lo acaricia de nuevo diciéndole que no continúe. El perro como si nada sigue en lo mismo, entonces el otro sube el tono de la voz, el perro no entiende o no quiere entender y continúa en su afán; el otro se encoleriza y le suelta un nuevo puntapié. El perro se lame el lugar donde recibió el golpe. . . Se retira lamentándose con el rabo entre las patas. A una distancia prudencial se sienta en sus extremidades traseeras y pone su clásica mirada. Un momento después se va acercando poco a poco para que no se den cuenta. . . Cuando se fija que ha sido descubierto, retrocede; se lame de nuevo donde recibió el golpe, sigue con su clásica mirada. . . Continúa acercándose. . . se acerca. . . se acerca haciéndose el desentendido, hasta que llega al lugar deseado y se pone a lamer el pie o la mano que lo golpeó. Son estupendamente fieles los perros. ¡También los hombres! Todo lo que los perros quieren hacer con ellos, se dejan hacer. Es una mutua fidelidad” . . .

El seguía caminando. A cada paso se encontraba con nuevas gentes que se detenían para observarlo, reírse y seguir caminando. Unos hasta llegaban a expresar en voz alta sus pensamientos de burla y extrañeza.

—¡Qué raro! ¡Qué horrible! ¡Eso no debe andar por las calles!

—Jaaa, jaaa, jaaa.

—¡No sé por qué la autoridad no toma cartas en este asunto!

—Jooo, jo, joooo.

—¡Cómo son de descuidados los seres encargados de ellos!

—¡Esto es el colmo!

—Hummmm... Jaaa, jaaaa.

—¡Pero esto es un escándalo!

—Deje y apúrese.

Al principio él ponía atención a lo que decían las gentes, pero después de tanto oír lo mismo, dejaba que todo pasara como agua lluvia por las cunetas. Seguía caminando sin rumbo fijo. Los habitantes de la ciudad no dejaban de observarlo y reírse. Cada uno con su risa burlesca. El no hacía caso. De cuando en vez se paraba un momento frente a una vitrina y se limpiaba la frente. El calor era desesperante. El sol caía con toda su intensidad. Del pavimento se levantaban invisibles llamas. En esas horas la ciudad era un infierno definitivo. El seguía caminando sin rumbo fijo. Hasta que llegó a un portal que rodeaba una hermosa alameda. Caminó por él unos metros. Llegó al sitio donde estaba un aparato automático que contenía refrescos envasados. Echó una moneda en él; apretó un botón y otro botón. Esperó. Después de un momento cayó la moneda al suelo. La volvió a echar. Hizo la misma operación. La moneda cayó nuevamente al suelo. La tomó, se la llevó al bolsillo, sacó otra moneda y la introdujo. Apretó los botones respectivos y apareció un vasito de cartón y al instante cayó dentro de él un chorrito de líquido lila. Una vez lleno el vaso dejó de caer el líquido. El levantó una portezuela de plástico transparente y tomó el vaso. Al llevárselo a la boca, un poco de líquido se le derramó por la pierna, la levantó un poco y la sacudió. Después que se tomó el refresco tiró el vaso a una cesta y se dirigió hacia la alameda. Cuando atravesaba la calzada, un vehículo estuvo a punto de atropellarlo. Corrió. Muchos transeúntes que vieron su acción rieron a carcajada limpia y comentaron entre ellos. El los miró con furia. Su mirada casi los mata. Siguió caminando hacia la alameda, cuando la alcanzó, busco un arbusto frondoso. Lo husmeó. Levantó una pata y oíó. Dio varias vueltas alrededor de sí mismo, se tiró bajo su sombra, ovillándose un poco.

ESE ES UN PERRO

“¡Sos un perro, te has portado como un perro!” Le gritaba la mujer roja de ira, con las venas y las arterias del cuello a punto de romper la piel. Con sus gritos quería matarlo.

“¿Por qué?” Decía él. Con aire de perro apaleado

“¡Cállate! Cosa peor no me podías hacer”

“Perro, ¿por qué?” Insistía él, poniendo una mirada tristísima, angustiada.

“¡Te callas!” Contestaba la mujer levantando sus puños amenazadores. El se sentía empequeñecer, empequeñecer, empequeñecer . . . Hasta los más diminutos en condición y todo, comentaban a su paso “Ese es un perro” El no sentía deseos de imponerse a nadie. Todo lo miraba con unos ojos perdidos, sin placer de vivir, de gozar la vida: “Esto es tener suerte de perro. ¿Por qué Dios mío? ¿¡Qué he hecho para que me abandones y recibas tanto desprecio!? ¿¡Qué hago!? Tú sabes que no profeso el mal . . . ¿O basta con mi presencia, basta con mi aspecto para hacer mal?”

Su cara era entre redonda y ovalada. Nariz corta, aplastada. Mandíbula inferior fuerte, cuadrada, grande; un labio superior delgado, sobre ésta, una pequeña curva por el bigote lacio que bajo la nariz sólo se insinuaba, para ser más poblado por los extremos que bordeaban una boca siempre abierta. Tenía unos dientes anchos y dispares. Un pecho cúbico, enmarcado por dos brazos que parecían paréntesis. Un tronco fuerte y corto, rollizo, sostenido por zancuillas torcidas. Pese a su aspecto era de una humildad franciscana, buenísimo hasta no creerlo nadie. Pero la mujer, siempre que deseaba, le gritaba inmundicias, de las que rechazan hasta los perros. “Sos un vago, tenés patas de chuchó. No parás un momento en esta casa”. El, sumiso, no decía nada. Pero al fin de tanto oír insultos se alejaba de la jurisdicción de la mujer para olvidar algo de aquel infierno. . . La mujer no dejaba de hablar: “Que te has ido animal, pero ya volverás”. “Que siempre es así cuando le empiezo a llamar la atención”. “Que no le gusta que se le diga nada”. “Que tan poco que hace en esta casa”. “Como que no fuera hombre para aguantar” “Quizá es malica”. “Que es un verdadero perro”. “Que ya vendría este hijue . . . ¡Ah, ya llegaste! ¡Ya te cansaste de vagabundear! . . . Se acordó el animalito que ésta es su casa, y que sólo yo le puedo aguantar sus malacrianzas”

—¡Basta! ¡Esto se acabó! —Gritó él.

En el diario de la tarde apareció una noticia:

“PERRO MORDIDO POR HOMBRE ESTA MEJOR

Perro mordido por hombre está fuera de peligro. Al principio se informó que el perro estaba grave después de disputar con Cándido Velásquez, de 35 años de edad. Cándido se irritó cuando el can empezó a ladrarle, salió al patio, agarró al perro y lo mordió . . . Velásquez, que está en observación en el hospital, cuando se enteró de que el perro no padecía de rabia, se calmó”.

José Roberto Cea

Pasaje “D” 1146 Colonia Santa Cristina
San Salvador, El Salvador, Centroamérica